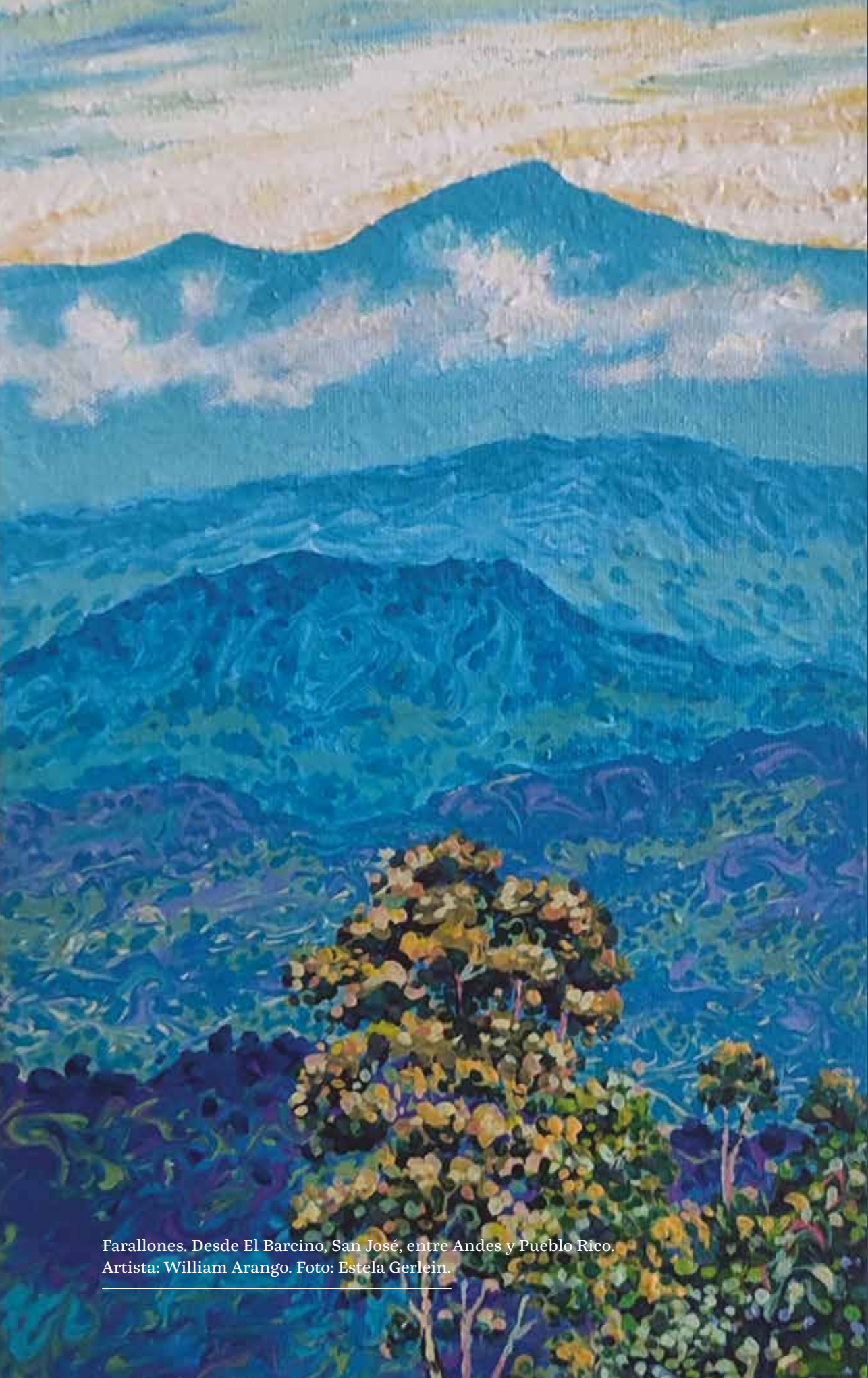




Farallones. Desde El Barcino, San José, entre Andes y Pueblo Rico.
Artista: William Arango. Foto: Estela Gerlein.



CITARÁ, la mole ineludible y la incógnita

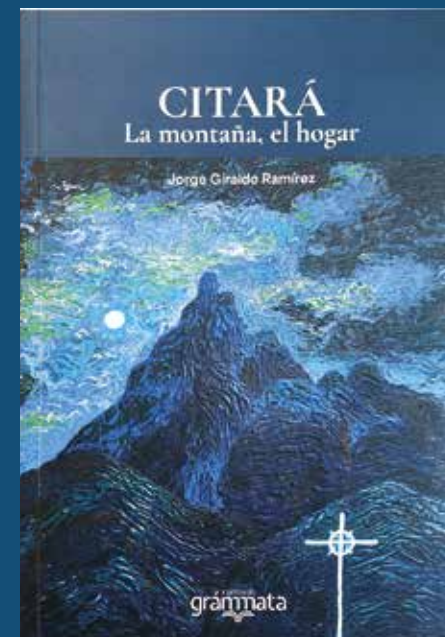
Ana María Cano

Que el azar es solo necesidad, pensé cuando reencontré al profesor emérito que conocí en Eafit y esta vez no hablaba de la violencia que nos ata sino sobre ese relieve que asoma en el confín de la cadena de montañas a las que miro absorta cada atardecer en el Suroeste. Lllaman Farallones del Citará. Me cuenta él que ha escrito un libro sobre ellos y doy forma a mi asombro.

Si un paisaje prefigura el ánimo es, también, el que determina un modo de ser. Y este paisaje ineludible en el Suroeste de Antioquia provocó la escritura en Jorge Giraldo, científico social, analista acatado, escritor y por momentos poeta, en todo caso historiador, investigador y compilador de la difusa existencia de este espacio que lo habitó a él desde siempre. Fue el paisaje mismo el que lo conminó, nacido en Jardín y habitante de Jardín ahora, a ocuparse de los Farallones de Citará, formación descomunal y desconocida que le acompaña como una pregunta por responder.

Pasa con este científico racional que ha mirado con curiosidad y detenimiento comportamientos sociales, que, al regreso de tanta vida razonable, llega a consultar la verdad de sus propias emociones y recuerdos. Pasa en Jorge Giraldo lo que pasó a los que después de tanto iluminismo e ideas abstractas llegaron a ese experimento con lo inestable que es el romanticismo, a consultar ese lado oscuro del mundo, donde tanto cierto e incierto, ocurre.

Y así llegó a descubrir *Citará: la montaña, el hogar*, en sus dimensiones físicas, sus proporciones geográficas, históricas, literarias, míticas, espirituales y al mismo tiempo a reconstruir su propia memoria, la de su identidad más íntima y, de paso, el relato de caminantes, arrieros, pioneros que encararon “aquella muralla de diorita de sesenta kilómetros cuadrados”. Los Farallones del Citará fueron el gran telón de fondo de su niñez, ese que todavía lo deslumbra, lo reta, lo acompaña.



De tantas huellas encontradas en la búsqueda de archivos Giraldo escogió hallazgos de conquistadores, pioneros, baquianos, curas, aventureros, misioneras y mujeres audaces que él fue sumando a su propia expedición interior por los Farallones. Comenzó a buscar relatos regionales y a consultar mapas cada vez más atrás, en los que durante mucho tiempo aquel borde tuvo el nombre de Baldíos para resaltar que se trataba de tierras sin dueño. Bien las llamó León de Greiff –otro deslumbrado por los nombres y el paisaje de Suroeste– “región salida del mapa”. En otros momentos pudo verse como el país conformado por Caramanta, el Citará, el río San Juan Docató, con pisos térmicos que iban desde la canícula hasta el páramo. Parte de ese territorio nombrado con un lenguaje de esdrújulas: Andágueda, Ágüita, Paságuera, huellas que busca desde dónde y cuándo.

Y al lado de estas pioneras otros revelaron su espíritu, como Antonio María Palacio Vélez, cura explorador. Su intrepidez y curiosidad por los secretos de la naturaleza, por el recuerdo de haber visto en las cúspides globos y llamaradas blancas sin humo. ¿Era la montaña saturada de electricidad la que liberaba fuegos fatuos o eran diablos que salían de sus escondites y se esparcían por Colombia en aquel 1965, donde la sangre se veía correr? Palacio, en 1934, hizo la primera descripción del circo Caramanta, uno de los principales relieves de este conjunto.

También los avatares del país marcaron este recodo occidental, porque la guerra brutal de finales del siglo XX taponó los pasos de la cordillera. Juan José Hoyos hizo crónica periodística de las guerras del Alto Andágueda, barreras que también reconocieron los jaibanás, intermediarios entre los emberá y los espíritus, y también de

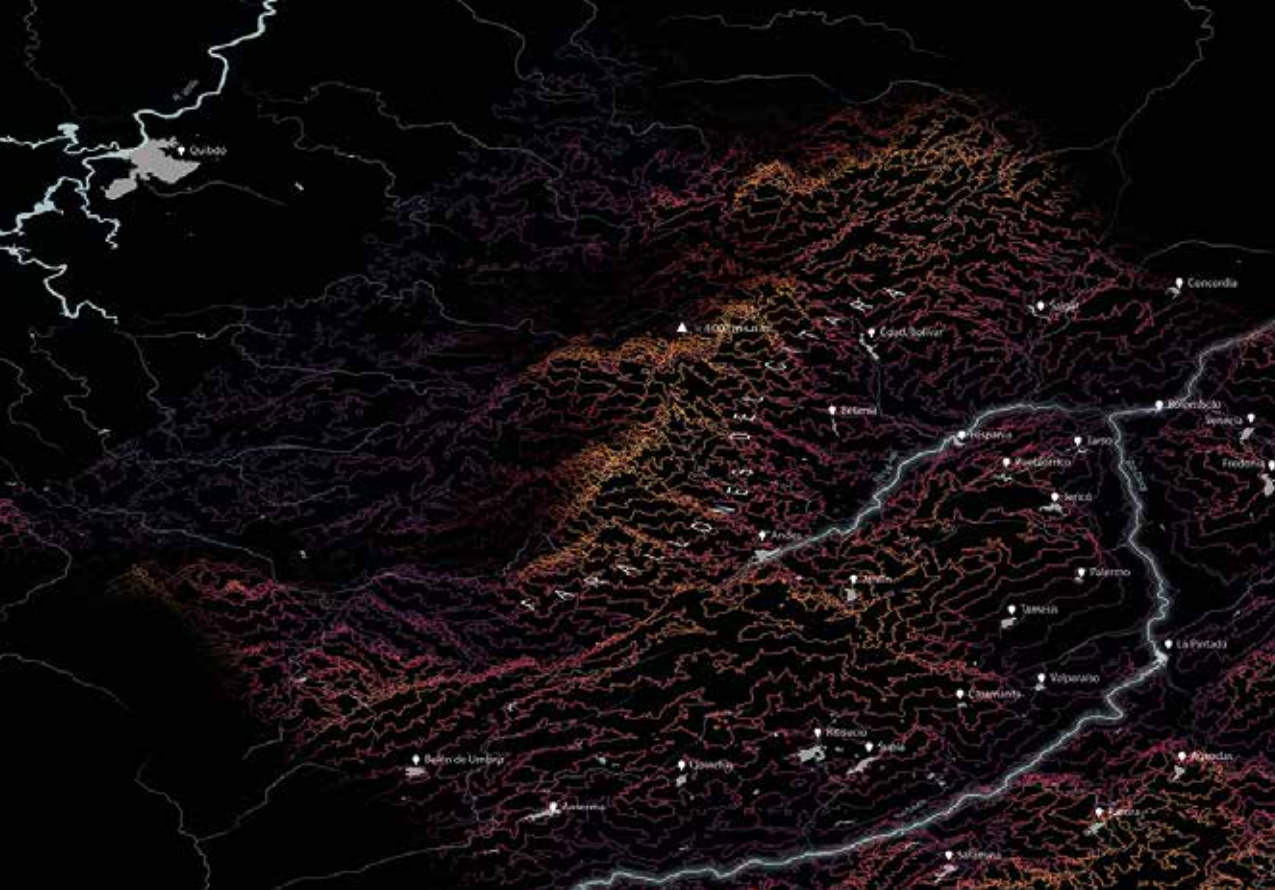


Paisaje de Jardín, de Hernán Darío Palacio.

El Citará es, también, la historia de mujeres que exploraron tierras. Se pregunta Giraldo: ¿qué necesidad e ímpetu tuvieron ellas para encarar la muralla imposible? Una mujer de cuarenta años, con dos hijos, de nombre sonoro, Dolores Mejía, que abrió monte. En 1930, tres mujeres y tres hombres andinos (de Andes), veintidós emberas, desde Andes hasta el alto Andágueda. Teresa R. contó peripecias de cuatro días desde la finca en Andes hasta orillas del Paságuera, con indios que guiaban cargando personas y menajes; parecía mujer culta, por el tono de su escritura, la información histórica y literaria que reunió junto al imaginario paisa. Y Genoveva Tirado, que encaró el reto con dos acompañantes. Laura Montoya: sus voces místicas por laderas y riberas de Otramina a La Comiá, por el Paso de los Pobres, la ahora santa, cuya primera exploración en enero 1908 terminó en Dabeiba.

indios cazadores que hablaban de un tiempo afuera, de una eternidad propia. Cuenta el investigador Giraldo del anonimato de los farallones que han sido recorridos por pies sin ojos y los han auscultado pocos oídos y por eso sobreviven intactos. Pero también los han visto los ojos documentadores de José Manuel Restrepo, quien reveló que los Andes en Antioquia no eran ni rocas amontonadas ni hielos antiguos.

Farallones viene del griego *pharagos*, escarpadura abrupta de roca cortada a pico. O de buscadores de caminos nuevos, el escotero que camina ligero sin carga que estorbe. Esta geografía inédita la evocan adjetivos: Citará insólito, disruptivo, sublime, enigmático. Proviene de siglos y eras anteriores. Los emberá chamí conocieron Farallones como Jaidé, que es la casa de los espíritus. Indígenas antecesores de los que hoy sobreviven, estuvieron allí hace cinco mil o más años.



Las aguas, origen de los ríos que los surcan. Nubes que casi siempre los cubren, suben y bajan, cabalgan, parecen nevados. Porque aquel entramado es un taller de agua. Con lagos, jagüeyes, turberas en los páramos. Allí nacen el Atrato, el Andágueda y los San Juanes. Todos hijos de la piedra; el Andágueda maduro encuentra al Atrato y van juntos al Darién. Aguas que nacen del Citará hace quinientos mil años. Es que esta mole es una intrusión con once millones de años y salió del mar que sumergía esta cordillera hace noventa millones de años. Mar que se empoza y se va secando. Los ríos son agua que busca el mar que se aleja. Al final del Cretáceo fuerzas volcánicas levantaron el terreno y depósitos submarinos se levantaron hasta diez mil pies.

Francisco Javier Vergara, un general de ingenieros, miembro sociedades científicas, revisó las altimetrías que venían desde Francisco José de Caldas. Del Citará se ocupó la Comisión Corográfica, del que también denominan Alto de Paramillo y conjetura sus alturas. Hasta hace cincuenta años parecía un agujero negro de

seiscientos kilómetros cuadrados, parte de aquellas tierras que entregó el Estado en el siglo XIX a potentados del centro del país, que las vendieron ligero.

Este ramal occidental es el más largo y alto de los Andes antioqueños. El propio Codazzi calculó la altura máxima en 3.300 metros, 700 metros por debajo de lo que el joven geólogo Michel Hermelin midió al conquistar la altura máxima 4.040 metros en 1960. Este es, pues, el punto más alto de Antioquia junto con el Páramo del Sol. Eliseo Reclus publicó una geografía universal de 19 tomos y estuvo en Colombia cuando la Comisión Corográfica investigaba. Francisco Javier Vergara, quien fue corresponsal del capítulo colombiano, dice que el Citará se desarrolla como muralla y ningún paso es menor a 2.000 metros y cimas con altura de páramos. Y persigue el autor todos los nombres, cada uno marca una posesión y una visión propia: Falla de La Mansa, Quiebra del toro, La Raya. Nombres o alusiones: Águila, Catedral. En el asedio de los colonos se firmaban escrituras de cada cumbre bajo el peso del virreinato y

se llamaban Emperador, Campeador, Tor-desillas, Sierra Moderna. Cada pionero dejaba su testimonio inaugural. En 1929, el padre Palacio creyó ser el primero y hablaba de La Muela, el Colmillo del Diablo, un “peñasco negro con rastrilladeros, los rayos se ceban en él”. Los llaman Matagente, El desconsuelo, El destierro, La agonía, El Infierno... Ninguno nombre auguraba calma.

Los mineros, los colonos, arrieros y aserradores cruzaron la cordillera solo en verano, para poblar potreros abiertos; usaron indios mal pagos y en la retaguardia iban sacerdotes y comerciantes. En 1979, ocurrió el rescate de un accidente aéreo que provocó la llegada masiva de hasta saqueadores al Circo Caramanta. El fin de guerra con las Farc fue un imán para caminantes que hicieron esta misma hazaña y que dos veces por mes recorren mineros en busca de una veta de riqueza fugaz.

Las piedras son el soporte de la tierra, de ellas salen agua y fuego. No hay materia ninguna inanimada. Cuenta William Ospina, en su relato biográfico de Humboldt, que fue Virgilio el que dijo que “las piedras hablan la lengua de los cíclopes y todo lo que cuentan tiende a la fábula...”

El Alto de Paramillo permanece escondido en el sur y es el secreto del Citará antioqueño. Su homónimo en el norte, más conocido en el siglo XIX como Alto de los Vientos, fue penitenciaria rural. Existió una violencia asociada a la represa de Urrá y luego esta guerra reciente por cultivos de coca, en el afán de burlar autoridad y pasar oro o coca para llegar a Buenaventura. Aborígenes, colonos y hasta secuestrados han habitado estas soledades.

Para los pioneros los Farallones significan frutos y terrores; paz y drama. Para todos ellos y para todas ellas, como para el propio autor del libro, la montaña es belleza y es verdad. Sus pliegues de escarpes esconden vestigios del quehacer humano. En las cuevas, organales, grandes acumulaciones de piedras forman estrechos caminos en sus aberturas. Narra Jorge Giraldo lo que impone a los aventurados la verticalidad del paisaje, el sonido, el viento y la luz. Y el murmullo de ríos que engañan. Los guías emberas indican no silbar, gritar ni reír porque desatan tempestades en esas piedras imantadas.

Las piedras son el soporte de la tierra, de ellas salen agua y fuego. No hay materia ninguna inanimada. Cuenta William Ospina, en su relato biográfico de Humboldt, que fue Virgilio el que dijo que “las piedras hablan la lengua de los cíclopes y todo lo que cuentan tiende a la fábula, pero Alexander sabía de qué modo las piedras guardan secretos antiguos y como no pueden gritarlos, los susurran al soplo del viento y al roce de la espuma” (2023).

Nuestro sabio local, Joaquín Antonio Uribe, definió el alma del paisaje a principios siglo XX. Hablaba de la personalidad en relación con el terreno. Ánima y paisaje eran mutuos. “El alma de la montaña es el hogar y Citará conforma nuestro espíritu”, dice el profesor Giraldo.

Hace seis mil años el pueblo aborigen Caramanta se asentó allí y de él han dado testimonio terrazas y utensilios encontrados en el cañón del río Santa Rita; “caramantos” llamaron a los indígenas que abrieron selva y caminos hacia el Cauca y el Andágueda. Derribaron árboles centenarios para cocinar sal y sus herederos los emberas (personas, en su lengua) son del País del Citará, donde hacen pagamentos y tienden la red de caminos que bordean los Farallones por cuatro rumbos. Por donde el mestizo Alonso Tobón los acompaña para organizar el movimiento indígena.

El cura campesino Antonio María Palacio fue el primer caminante que en 1925 y luego en 1936 encaró la montaña por

curiosidad, por desafío. Desde niño observaba a medianoche que el farallón despedía una llamarada en su cumbre. En su segunda excursión, apuntó rasgos y comportamientos de piedras y envió las muestras recogidas al padre Daniel del San José, investigador bogotano lasallista que dio visos científicos a lo que al comienzo fue solo una obsesión.

Alejandro Vélez Ochoa, un artesano y silvicultor, otro caminante que anduvo Cartama, Caldas y hasta el Himalaya, siguió su instinto, sin rumbo ni fecha: con cotizas de suela de llanta, machete, vela y fósforos, jarro, costal de panela, sal y arroz. Durmió en el suelo a prudente distancia de arroyos que tenían riesgo de derrumbe. Hizo palizadas de hojas de rascadera y reposó en los árboles, bloqueando sus articulaciones como un pájaro. Era el saber del arriero y los andariegos, del baquiano, el sangrero o el cargador: todos tenían esa fuerza mental, ese acomodo al silencio, a la soledad, a moverse sin trilla en la selva que tiene trampas, regalos, comida o veneno y que sienten el agua que viene.

En 2004, el jardineño José Fernando Castaño acompañó a un ornitólogo danés a buscar el colibrí del sol. Con nueve acompañantes investigaron tominejos amenazados de la Cordillera Occidental, especies endémica de Tatamá y de Caramanta, del Plateado y de San Nicolás. Encontraron también mariposas endémicas, ranas, salamandras, loros orejiamarillos en la cuchilla de Paramillo. Castaño fue un guía clave en la observación de pájaros en Colombia.

La singularidad del Citará es que arriba es prístina, una cordillera en estado inmaculado. A pesar de las hordas de mineros que desaparecieron cinturones de robles y de palmas de cera, aún en el piedemonte existe flora. Ahora establecen reservas de la sociedad civil: la garganta del San Juan Docató alberga gallitos de rocas, magnolios, manantiales. Todas esas reservas, se reunieron en Jardín en el Encuentro Suroeste Biodiverso y contaron cómo recuperan la floresta.

Caminantes, indios, poetas, naturalistas, amigos de la tierra, depredadores y narcisistas están ejemplificados en *Citará: la montaña, el hogar*. El autor opone la idea de montañeros como personas carentes de universalidad con el atributo del carácter y la reciedumbre. William Ospina dice en la biografía citada sobre Humboldt que el explorador unió para siempre cosas que no podían separarse: el conocimiento y la aventura, la belleza y la verdad, la cultura y la naturaleza. No llamamos paisaje a la naturaleza sino a la naturaleza destilada en sentimiento, transmutada en emociones humanas. Humboldt hablaba de un sincero deseo de conocer, de una profunda voluntad de conservar y de celebrar. Todo esto se aplica al método con que Jorge Giraldo descubre en el Citará su deslumbramiento a través de las voces que lo han nombrado, de preguntas que se ha hecho él y que han respondido en parte aquellos aventureros de todas las épocas, mientras describe una forma de celebrar el paisaje para conservar lo que aún tiene de prístino y de misterioso.

Ana María Cano

Editora. Co-fundadora de *La Hoja de Medellín*. Como reportera cultural pasó por revistas, diarios y canales televisivos nacionales. Es autora de los libros periodísticos: *Entrevistas* y *Medellín secreto*. Durante veinte años mantuvo una columna en *El Espectador*. Fue becaria del programa Periodistas en Europa del Centro de Formación y Perfeccionamiento de Periodistas en París.



TARTARÍN MOREIRA y su lírica en la canción ciudadana

"La rueca, el trapiche y la siempreviva,
hilan silencio y lágrimas por tu ausencia;
y por el caminito,
va llorando mi pena..."

Dolor sin nombre (bambuco)

Mauricio Restrepo Gil

Para conmemorar el aniversario número setenta de la desaparición física de Libardo Parra Toro (1895-1954), mas no la de su legado y memoria que están más vivos que nunca, es necesario recordar su figura y esos escritos suyos colmados de mordacidad y humor negro, o tararear sus canciones tristes marcadas por el urbanismo folclórico y emocional de la transición que vivió Antioquia durante las primeras décadas del siglo XX.

Pluma y tiple, poema y canción nativa, Libardo Parra prodigó su vida con emoción y originalidad y su picaresca ha sido contada en crónicas, semblanzas y anecdotarios por diversos estudiosos del folclor popular paisa, entre los que cabe señalar a Belisario Betancur, Manuel Mejía Vallejo, Hernán Restrepo Duque, Manuel Bernardo Rojas, Elkin Obregón, Darío Ruiz, Miguel Escobar, Jairo Morales, Juan Roca Lemus (Rubayata), Horacio Franco, Gustavo Escobar Vélez, Ovidio Rincón y Jorge Robledo Ortiz, entre otros.

Su ciclo vital inició en la población de Valparaíso, continuó en Andes y dio frutos en Medellín. Hacia 1907, llegó a estudiar a la capital antioqueña en el Instituto Caldas dirigido por Antonio Saldarriaga, luego pasó por la Universidad de Antioquia, de donde fue expulsado porque "me destinaba durante las horas de clase a hacer caricaturas de toda índole" y, finalmente, casi a regañadientes, recibió el título de bachiller donde los Jesuitas.



Tartarín visto por el caricaturista Elkin Obregón en 1984.